

TECNOLOGIA E DIDÁCTICA NO ENSINO DO LATIM

*J. M. Díaz de Bustamante**

Una de las más constantes preocupaciones de quienes se dedican a estudiar problemas de didáctica de las lenguas clásicas es el acercamiento de los alumnos al texto antiguo como testimonio de un pasado culturalmente imprescindible para el hombre actual, incluso en una sociedad prácticamente deshumanizada como es la nuestra. Una ojeada al programa del Coloquio que nos reúne aquí permite comprobar sin género de dudas esta afirmación.

En el fondo, la cuestión subyacente es la de qué buscamos en los textos clásicos en pleno siglo XX: una herencia y patrimonio culturales, un modelo "físico" digno de ser imitado o un modelo "teórico" de vida. Nuestros alumnos muy difícilmente van a aprender a escribir latín (prosa o verso, tanto da) y sin embargo seguimos dándoles clase como si tuvieran que escribirlo, como si el *desideratum* fuera revivir la Antigüedad clásica, tal y como creían nuestros precursores del siglo XV o del XVI. Queramos nosotros o no, el inmensurable caudal de información diversa que circula hoy en nuestros periódicos, radio, televisión o redes de datos cada día, no sólo supera toda la que circulaba por generaciones en el mundo antiguo, sino que, en un mundo cada vez más pequeño, no es fácil hacer creer las bondades de nuestra tradición

Professor da Universidade de Santiago de Compostela (Espanha).
CLASSICA 20, Lisboa, 1994, pp. 225-231

occidental a un físico nuclear japonés o a un jurista hindú. Nuestra civilización grecorromana era de ámbito mediterráneo, ha durado más de veinticinco siglos y hoy por hoy todavía es el modelo cultural del "primer mundo", pero no podemos creer que somos los únicos con un bagaje intelectual de primera magnitud; todo lo más somos primeros *inter pares*, que no es poco.

Conviene pues revisar nuestro concepto de "tradición occidental", la idea que tenemos de cómo transmitir esa tradición en cuanto enseñanza, y la forma que hemos de dar a los testimonios más o menos indudables de la Antigüedad en cuanto textos. Si esto hemos de hacerlo valiéndonos de las herramientas que nuestro siglo nos proporciona, se hace preciso revisar también nuestro inveterado método de trabajo, porque las felices intuiciones de que casi siempre nos hemos valido deben ser ahora sometidas a examen crítico con la ayuda de unas máquinas o sistemas que eran inimaginables hace apenas quince años. Este trabajo, en mi opinión, debe empezar por el principio y, como la Escritura nos enseña, *en el principio era la Palabra*, es decir, en nuestro caso, el establecimiento del texto en cuanto tal, para reconsiderar luego en qué aspectos podemos aprovechar estas herramientas a una renovación de nuestros métodos pedagógicos.

Pero incluso disponiendo de tantas herramientas nuevas, el problema de todos los latinistas sigue siendo el establecimiento del texto, vehículo de transmisión de la cultura y la vida antiguas hasta nosotros, y género muy difícil de vender a nuestros alumnos y a la sociedad que nos mantiene.

Es necesario estar deliberadamente ciego para negar que nos hallamos ante una nueva etapa de los estudios de Filología y de que en esta nueva etapa nos enfrentamos al desafío de ponernos, por primera vez en la historia, a la altura de las circunstancias, en vez de ser nosotros quienes dictemos los métodos de investigación a todas las restantes ramas de los saberes científicos.

En los trabajos más antiguos de la era informática se percibe un cierto desasosiego de los investigadores a la hora de acercarse (con el excesivo bagaje de intuiciones y supuestos que ha caracterizado siempre la labor filológica) a unos métodos nuevos en los que no deben darse la improvisación ni la superficialidad.

El mecanismo de trabajo sigue siendo fundamentalmente el mismo, pero la tendencia de la investigación, desde hace ya varios años, es la de constituir grandes *corpora* de textos para utilizarlos como elemento de

base para un tratamento completo de los aspectos morfológicos, sintácticos y semánticos del léxico: huelga decir que la casi totalidad de proyectos de investigación en esta línea se centra en el Inglés; ello no obstante, los principios teóricos y metodológicos son válidos a cualquier efecto: probablemente el aspecto más interesante de este tipo de investigaciones sea el hecho de que un solo *tagged corpus* puede servir para la práctica totalidad de fases de la investigación filológica y lingüística: los trabajos de Eric Atwell son demostrativos de esto y además se basan en los abundantes datos del llamado *corpus de Lancaster-Oslo* (LOB) que reúne más de un millón de palabras; pues bien, ha llegado a la conclusión de que es perfectamente posible desarrollar un sistema experto a partir de un *corpus* y, de esta manera, reproducir los procesos en cualquier otro momento siempre y cuando los datos reciban la correspondiente aplicación de *tags*; pensemos, pues, en aplicar estos principios de clasificación y jerarquización a las lenguas clásicas en general; piénsese en lo que será posible con un corpus homogéneo como el de la *Cetedoc Library of Christian Latin Texts* (21.600.000 palabras); *PHI CD-Rom 5.3* (25.000.000) o la *Patrologia Latina Database* de Chadwyck-Healey (82.000.000). La enseñanza del latín en el siglo XX debe pasar forzosamente por la adopción de nuevos sistemas y aparatos que optimicen el proceso de aprendizaje que es, hasta hoy, el aspecto más difícil de nuestro trabajo.

En realidad, desde un punto de vista externo, han cambiado pocas cosas en el hacer filológico; tan sólo cuanto se refiere al soporte de la cultura y a la recuperación y análisis de sus contenidos (históricos y literarios) ha experimentado cambios deslumbrantes: no voy a asustar a mi auditorio observando que asistimos a un cambio revolucionario en el mundo de la cultura escrita, porque el libro en su formato código tendrá que ir cediendo terreno ante la edición electrónica o incluso virtual, el CD-ROM y otros nuevos soportes. Así que me referiré sólo a aspectos más tranquilizadores; pensemos en nuestros archivos y ficheros de datos: este mundo también ha cambiado (aunque su evolución no resulta tan dramática como la del libro de la cultura electrónica), en este mundo, digo, se ha pasado del fichero manual sobre fichas de papel, ordenadas de acuerdo con las necesidades del momento, a los grandes archivos de bases de datos en formato electrónico que nos permiten ordenaciones múltiples y prácticamente simultáneas de todos nuestros datos, consultas y análisis estadístico de los mismos, rentabilísimo, por ejemplo, en codicología y a la hora de desarrollar un *stemma*, por no hablar de su aplicación a lexicografía, métrica, fonética y morfología etc.

Se ha repetido hasta la saciedad que la edición crítica de los textos es la más noble y difícil de las tareas filológicas y, por aceptar esta convención, voy a ocuparme de reflexionar sobre ella a propósito del influjo de las nuevas herramientas en una ciencia con más de dos milenios de antigüedad.

Tradicionalmente, la primera labor de la Filología es la de constituir los textos que conforman el objeto de su estudio, dado que sus testimonios escritos han llegado hasta nosotros en copias hechas a mano y en condiciones y circunstancias harto difíciles, plagados de errores, lagunas, vacíos e interpolaciones de muy diversa intención. Pero la crítica textual no sólo debe enmendar en lo posible las deformaciones de los textos debidas a defectos en su transmisión, sino también las debidas a la intervención más o menos afortunada de generaciones de eruditos o pseudo eruditos.

No es muy frecuente encontrar obras de tipo general que se refieran a la aplicación de las técnicas informáticas a los estudios propios de la Filología y ello me da la impresión de que se debe, precisamente, a nuestra desconfianza, frente a la receptividad de otras ramas de la ciencia.

Desde Dom J. Froger, ya en 1968, se ha avanzado tanto, que incluso el problema de la gestión de una base de datos con diez o doce millones de palabras es perfectamente posible con un ordenador personal (poco común, pero posible). Pero ¿qué es lo que debemos transmitir hoy a nuestros alumnos: un corpus estático de enseñanzas admirables o un corpus vivo, en el fondo y en la forma? No es preciso que indique cuáles son mis preferencias: si intentamos transmitir la idea de un corpus vivo, los textos no parecerán estatuas de museo, dignas de admiración pero intangibles y distantes, sino que serán como obras de arte de la propiedad particular de cada alumno, que podrá examinar el texto de manera pluridimensional, recibiendo el mensaje de los hombres y mujeres de la Antigüedad, pero sabiendo, al mismo tiempo, que ese mensaje ha llegado hasta nosotros por medios azarosos y que no siempre podemos estar seguros de cuál es el mensaje real que su autor quiso transmitirnos, porque hay que saber distinguir las manipulaciones de que hubiera podido ser objeto, las interferencias en la transmisión del texto etc.

No nos quepa la menor duda de que, si somos capaces de transmitir esa inseguridad del texto antiguo en cuanto tal, estaremos sentando las bases no sólo de nuevas generaciones de filólogos realmente capaces de entender aquello a lo que se dedican, sino que además estaremos

favoreciendo el que alguno de ellos haga avanzar con seguridad la pervivencia de un mensaje excepcional. La dificultad no está sólo en la tarea docente o la discente, sino en el saber vencer los prejuicios de muchos siglos de alejamiento de nuestros alumnos de las tareas básicas de nuestra labor. Los alumnos no sólo pueden aprender a colacionar un texto, o discutir variantes (una vez superada la fase del *quí, quae, quod*, evidentemente) sino que pueden ser de gran utilidad a la hora de someter a crítica prudente y sabia los mecanismos de nuestro método filológico, que bien necesitado está de ello.

Hagamos unas cuantas reflexiones: desde unos supuestos de alcance general, la labor del editor de textos no es más que la de clasificar los testimonios escritos de la tradición de un texto para reconstruir el arquetipo más próximo posible al original; desde el principio de la Filología, hace más de dos mil años, su tarea más dificultosa es la de colacionar y despojar los testimonios del texto y establecer sus relaciones genéticas o coyunturales. Durante años nos hemos acostumbrado a emplear la terminología e incluso las categorías de las ciencias experimentales, y hablamos de "parentesco", "filiación", "familias" etc. de manuscritos, sin comprender qué clases establecemos, o mejor dicho, qué tipos de clases: la taxonomía numérica considera dos clases o grupos, a saber, monotéticos o politéticos.

Monotética es, según la definición clásica de Sokal y Sneath, la clase formada mediante divisiones lógicas sucesivas y estrictas, de modo que determinadas características conlleven suficiente y necesariamente la pertenencia al grupo así definido. En una clase politética, en cambio, se agrupan las entidades que comparten el mayor número posible de características o atributos, sin que ningún tipo de característica individual implique pertenencia esencial o incluso suficiente para pertenecer a dicho grupo. Un grupo politético es aquél en el que ningún miembro comparte características o atributos individuados: operando así, la labor del filólogo que se halla ante el conjunto de testimonios de un texto es, precisamente, la de establecer cuál de estos tipos de grupos es el más adecuado para describir las varias clases en que nos proponemos situar los manuscritos, porque los métodos algorítmicos pueden diferir y, de hecho, difieren, y porque los criterios básicos de agrupamiento se basan en propiedades matemáticas y crean algunas dificultades a causa de que (a) el llamado *single linkage* o agrupamiento bajo mínimos coincidentes provoca efectos de cadena también llamado *complete linkage*, y (b) el *average linkage*, o agrupamiento de promedios conlleva que la distancia

entre los centros de gravedad conllevan una excesiva compactación de las clases y producen un stemma o dendrograma excesivamente disperso.

Así las cosas, resulta que el principio lachmanniano del error común es, de hecho, una técnica monotética que resulta inexorablemente en una selva de árboles bífidos que ya despertaron las sospechas y desconfianzas de Bédier en 1929. En efecto, el establecimiento de una dicotomía entre manuscritos que contenían un error común y manuscritos que no lo hacían producía una clasificación que, muy probablemente, no daba cuenta de las complejidades de una transmisión manuscrita.

Los estrechos ámbitos del agrupamiento monotético, según podemos comprender hoy, están en contradicción con la multiplicidad de los tipos de variantes y la casi infinita variedad de posibilidades que se da en una tradición textual.

Patricia Galloway, en un trabajo sobre el *cluster analysis* en el *Lai de L'Ombre* recordaba que, según Sokal y Sneath, *no se puede hacer uso de la filogenia (o descendencia genética por evolución) para hacer clasificaciones, porque en la mayoría de los casos las filogenias nos son absolutamente desconocidas*. Y esta objeción se puede hacer también a la crítica textual, porque -recuérdese- Dom Quentin afirmaba, en 1926, que su método intentaba reconstruir las relaciones que mediaban entre diversos estadios pasados del texto, para tratar de recuperar el arquetipo representado por los textos supervivientes y no por el texto original.

La dificultad estriba en la particular relación que media entre la clasificación de manuscritos como forma de taxonomía y los árboles genealógicos trazados con su ayuda, por cuanto, efectivamente, se pueden representar las semejanzas entre un grupo de manuscritos mediante un dendrograma, pero no hay la menor garantía de que dicho árbol refleje, de forma aceptable, las líneas reales de parentesco o relación; es más, incluso cabe la duda de que los *stemmata* lleguen a resultar adecuados para representar las filiaciones de los manuscritos, porque pueden hacernos creer que los manuscritos se transmiten o reproducen como los animales y no lo hacen en absoluto: el mayor problema es que la crítica textual tradicional invoca el hecho de que se acude a los principios históricos del cambio lingüístico para intentar la reconstrucción de cualquier historia textual; y sin embargo, estos principios no pueden ser operativos con fiabilidad en la mayor parte de los casos al trabajar con manuscritos medievales, porque en su mayoría esos manuscritos fueron copiados a distancias en el tiempo que no suelen exceder del siglo o siglo y medio, lapso a todas luces insuficiente para

tratar de aplicar sensatamente inteligencia, esfuerzo e imaginación a la labor de jerarquizar unos manuscritos hipotéticos que se pierden en la noche de los tiempos cuando los únicos testimonios apreciables se amontonan en las ramas más recientes del árbol. Desde un punto de vista *riguroso*, los *stemmata* tradicionales no sirven más que para esquematizar semejanzas entre manuscritos existentes.

Pues bien, es precisamente aquí donde tanto los profesores curiosos, los alumnos ingeniosos y los ordenadores pueden hacer realmente gala de su nombre, ya que gracias al empleo de programas de aplicación con solera como CLUSTAN, DNdrite, UNITE o URICA se pueden examinar cientos, miles de veces, los testimonios de la más endemoniadamente compleja tradición textual y aventurar posibilidades de lectura y clasificación que no sólo no sustituyen, sino que complementan ventajosamente la tarea del filólogo.

Siempre se establece como punto de partida un *corpus* de textos cuidadosamente corregidos y conformados sobre las ediciones más fiables de todas las posibles (hasta el momento en que, del estudio interno de ese *corpus*, resulte una edición nueva y más correcta de alguno de los textos incluidos); el texto dotado de claves descriptivas (*tags*) de los valores fonético, morfológico, sintáctico y semántico de cada una de las palabras puede ser utilizado como fuente de un diccionario, de un estudio fonético o fonológico, morfosintáctico, métrico, estilístico, o literario en el más amplio sentido de la palabra que incorpore, además, variantes o facsímiles de manuscritos o ediciones incunables, será especialmente sencillo organizar series de estudios de capas y revisiones, para determinar el *modus operandi* no sólo de los autores sino también de los revisores o interpoladores posteriores, de modo y manera que llegue a ser posible identificar viejos elementos del saber filológico (hoy tan desconocidos como hace dos mil años), del tipo de la *patavinitas* de Livio, o la huella de los diversos colaboradores o del mismo rey Alfonso el Sabio en la denominada *Escuela de Traductores* de Toledo o en la redacción de las *Historias*, etc. Y que, al mismo tiempo, de la actividad de revisión informática llegue a resultar evidente la adscripción de obras a autores distintos de los aceptados por tradiciones las más de las veces muy dudosas.